

**Título: “El misterio del faro”**

**Cuento**

**Autor: Ernesto Benítez Rojas**

**Carrera: Bibliotecología y Ciencias de la información**

**3<sup>er</sup> año.**

**Instituto Superior Minero Metalúrgico**



## **“El misterio del faro”**

Mi nombre es Francis del Río y hace algunas semanas me mudé con mis padres a una casa cercana a la playa, lejos de un pequeño pueblo llamado Roswestan ubicado a unos 10 km al sur de Terranova. No negaré que el lugar despertaba cierta nostalgia en mí por lo tranquilo y desierto que se encontraba, ya que no existían otras casas por esas tierras, pero lo que más me gustaba de vivir entre el sonido de las olas que golpeaban constantemente las rocas, era la brisa seca y salina que golpeaba mis mejillas resucitándome del sueño cada mañana.

En fin, diría que ese ambiente producía sensaciones inexplicables a cualquier persona, era casi una atracción incontrolable que me arrastraba a una paz casi espiritual, aunque también sentía a veces, en el fondo de mi alma, como si algo empujara mi corazón al abismo del miedo. Por otra parte, pienso que la causa de tal emoción era que nadie visitaba con frecuencia esta parte del país.

Mis padres siempre estaban de viaje y yo, como parte de la rutina diaria, salía a caminar por la orilla del misterioso mar. Pero algo siempre me llamaba la atención desde el momento en que pisé la acolchonada arena. Era el extraño faro que se encontraba a 2 km encima de un acantilado de piedras afiladas como cuchillas.

Hacía dos años no alojaba ningún habitante entre sus paredes. Era de un color carmelita oscuro y medía aproximadamente unos 10 metros de altura. Nadie se acercaba a él, porque en el pasado una pareja de matrimonio había desaparecido repentinamente sin dejar rastros. En el pueblo se comentaba que se ahogaron durante una tormenta que inundó el lugar, es por eso que la policía que investigaba ese caso decidió cerrarlo, por falta de evidencia.

La verdad es que no existía nada que señalara tal suposición, otros comentaban que desde siglos pasados aparecían esferas de luces que secuestraban a las personas menos conocidas, y sus visitas las anunciaban poderosas descargas eléctricas las cuales afectaban las baterías de los celulares y de los autos. Muchos jóvenes fueron testigos de estos fenómenos en la primavera del 2004, cuando realizaban unas de sus alocadas fiestas y de pronto a sus autos se les explotaron su fuente de energía y los celulares casi se derritieron en sus bolsillos, parecía más bien un asalto por bandidos, porque estruendo como bombas estremecieron la torre. Hasta una chica fue internada en un hospital psiquiátrico luego de los sucesos.

Es por eso que cada día que me levanto y observo a través de la ventana de cristal de la habitación aquel faro, construido en la parte más alta de los acantilados, y no ocultaré que deseaba visitarlo, pero, con el constante ajeteo que vivía en la casa de ladrillos, esa idea era remplazada por otras más importantes e inmediatas. A veces pensaba que si iba me podría ocurrir algo y no contaba con la ayuda de alguien para salvarme. Además aquellas historias que escuchaba,

narradas por los pobladores y comprobadas por la experiencia de otros, le ponían la piel de gallina a cualquiera.

Un día de otoño, donde las hojas secas y marchitas se dejan arrastrar por el viento, salí a caminar descalzo por la suave arena. Esa tarde me producía la sensación de tristeza y angustia, ya que el mar estaba en completa calma, el viento no tenía la suficiente energía para producir las olas, solo una pequeña brisa chocaba con mi rostro lampiño. Lo que más me impresionó fue que las aves no se encontraban por ninguna parte, era como si se la hubiesen robado, los cangrejos estaban metidos en sus cuevas y el cielo lleno de nubes grises.

Entonces me detuve, miré al horizonte y comencé a tirar piedras al mar para ver como producían ondas, de pronto, a mi espalda, sentí los ladridos de un perro. Sorprendido me volteé y allí estaba un pastor alemán, con un pelaje blanco como copo de nieve, era una criatura majestuosa y de una elegante apariencia.

Él observó que estaba paralizado por su presencia y se veía que podía olfatearlo con su nariz negra. Le miré a los ojos fijamente y él, desafiante, se acercó, olfateó mi mano derecha y salió corriendo en dirección al faro. Luego se paró encima de una roca y se quedó observando mis movimientos como si fuera un vigía. Pensé que todo era bastante raro, principalmente porque no conocía a otro ser humano que viviera cerca. A pesar de todo, aquel animal tenía algo diferente en su forma de actuar, parecía un ser conciente de la vida y creo que quería decirme algo.

Pasaron unos días y recibí una llamada telefónica de mi editor para informarme que la editorial me daba dos semanas de plazo para terminar mi nueva novela. No sabía que hacer, porque hacía días que tenía una crisis de ideas y necesitaba relajarme un poco. Hice una taza de chocolate y dispuesto a terminar comencé a escribir en la computadora la obra, poco a poco.

Al cabo del tiempo ya estaba agotado mentalmente y las ideas no fluían, al parecer continuaba con la crisis, por lo que me puse el abrigo de piel y salí a caminar por la playa, tal vez así el inconciente brindaría una posible solución a mis inquietudes.

Al salir noté que este día estaba igual que el otro, con esa atmósfera misteriosa y sin prestarle importancia caminé cerca de la espuma de mar por unas horas.

Recuerdo que eran las cuatro de la tarde y las nubes cargadas de agua llenaban el cielo. Una hora después me percaté de que había caminado más allá del faro, como a 1 km y se estaba aproximando una tormenta. En ese momento y repentinamente comenzó a precipitarse contra la tierra una copiosa lluvia.

Entonces, como un gato, corrí hasta el faro y al llegar percibí que este era de color rojo, solo que la suciedad lo ocultaba y medía unos 15 metros. Todo en su interior estaba lleno de escombros y polvo, las ventanas de cristales de color azul habían estallado y la escalera encaracolada estaba en buen estado.

La noche me atrapó en aquel ambiente turbulento y una sensación siniestra me azotó cuando en la oscuridad apareció ese perro, atemorizado me arrinconé contra la pared y él se acercó dejando escapar varios ladridos de rabia. Ante esta reacción cuidadosamente me incliné, tomé una piedra con la mano derecha y se la lance. El animal cayó abatido al pis, pero recuperándose rápidamente salió corriendo con un maullido de lamento.

Momentos después comenzaron a ocurrir descargas eléctricas por todo el lugar, la temperatura aumentó y un ruido parecido al bajo de los bafles se extendió por todo los rincones. Yo, completamente paralizado por los acontecimientos, me pegué contra la pared. Mientras la tormenta enfurecía el mar y los rayos invadían las piedras que radiaba el faro. Todo indicaba que estaba al punto de ocurrir un acontecimiento sobrenatural que ni la parasicología podría explicar.

Como por arte de magia aparecieron esferas de luces del tamaño de un balón de baloncesto. Cada una tenía un color distinto desde rojo, azul, verde, amarilla, blanca hasta otros que no se definían bien. Estaba tan impresionado que mi cuerpo no respondía a las órdenes del cerebro. Las energías espantosas comenzaron a girar velozmente formando un círculo en el centro de la torre y ante un sacudión de la edificación se abrió un agujero negro en el centro del piso, el cual comenzó a adsorber todo el aire. El tiempo casi se detuvo ante ese portal que seguro conducía a otra dimensión del espacio y tiempo. Entonces, con gran esfuerzo, caminé hasta el borde y eché un vistazo al interior...

Fin de la primera parte.

**Sobre el autor:**

Ernesto Benítez Rojas nació el 18 de diciembre de 1988 en Moa. Perteneció al grupo de teatro "Illá"; donde incursionó en la actuación durante dos años. En este tiempo participó en varios festivales provinciales donde obtuvo premios y reconocimientos.

Actualmente se encuentra cursando el 3<sup>er</sup> año de la carrera Bibliotecología y Ciencias de la Información en el Instituto Superior Minero Metalúrgico de Moa, en la cual ha logrado ser el estudiante más integral de la Facultad de Humanidades. En este curso es vicepresidente de su facultad.

Durante 3 años se ha dedicado al arte audiovisual, en propaganda y publicidad. Ha colaborado con el Telecentro Moa TV en la producción de varios spots. Los más recientes refieren el quehacer de la Biblioteca Universitaria en su campaña "En defensa del libro y la lectura".

Cursó el taller acerca de la creación documental dirigido por el profesor Salvador Echevarría de Telecristal.

Participó en el congreso Nacional de la Carrera de Ciencias de la Información en el 2011 y en el evento Comunicación en Ciencias de la Información en Villa Clara. Es miembro del taller de literatura del Instituto Superior Minero Metalúrgico.

La imagen de cabecera pertenece al autor.